



Año de la Misericordia

“Misericordia es la base de la vida de la Iglesia” el Papa Francisco nos dice. Por lo tanto, “es absolutamente esencial para la... credibilidad del mensaje [de la Iglesia] de que ella misma viva y testifique la misericordia.” Los cristianos no convencen a los incrédulos de que nuestro Dios es misericordioso si nuestras vidas dan testimonio de la dureza y falta de perdón. En cambio, dice el Papa, “donde hay cristianos, cualquiera debe encontrar un *oasis* de misericordia” —un lugar donde los viajeros cansados en la camino de la vida encuentren un descanso y se refresquen al sentir la aceptación y el perdón.

Para animarnos a tomar de corazón la misericordia de Dios para nosotros mismos e inspirar a otros a “encontrar el camino que lleva al padre”, el Papa Francisco ha proclamado el Año Jubilar de la Misericordia, comenzando en la Fiesta de la Inmaculada Concepción y concluyendo en la fiesta de Cristo Rey de 2016.

El lema del Año Santo es “Misericordioso como el Padre.” Nuestro Padre es misericordioso porque Él es Omnipotente; Él es más que potente para soportar los golpes de nuestros pecados y restaurarnos a la amistad, porque con Él “todo es posible.” En palabras del Papa Francisco, “nadie puede poner límites al...Dios quien está siempre listo para perdonar. Su misericordia “es un manantial que nunca se secura, no importa cuanta gente se sirva de él.”

“Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre,” el Papa Francisco continua. “Todo en Él habla de misericordia.” Las últimas horas agonizantes de Nuestro Señor no fueron sino una súplica por misericordia: “Perdónalos,” suplicó a su Padre mientras era clavado en la Cruz, “porque no saben lo que hacen.” ¿Cómo puede el Padre Misericordioso cerrar sus oídos a la súplica de su Hijo Misericordioso?

Es el deseo del Papa Francisco “que el año que viene este lleno de misericordia” y que “el bálsamo de misericordia alcance a todos, a los creyentes y a los alejados.” Ahí es donde encajamos nosotros, tú y yo; porque Dios quiere alcanzar a otros misericordiosamente a través de nosotros. Pero para que eso suceda primero debemos ser tocados nosotros mismos por su misericordia. Debemos dejarnos encontrar de nuevo por el perdón de Dios para que por medio de nosotros Él lo haga pasar a otros. Como el Papa Francisco lo pone, “el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar serenidad del corazón.”

Como todos sabemos, tener un corazón misericordioso no se logra automáticamente o fácil. Es una meta que requiere dedicación y sacrificio. Para fomentar esta crucial dimensión del Año de la Misericordia, el Santo Padre abrirá la Puerta Santa especialmente designada en la Basílica de San Pedro en Roma. Él ha pedido a los obispos que sigan su ejemplo y abran Puertas Santas en sus diócesis también. Yo lo hare así en la Catedral de la Ciudad de Baker y en la Capilla del Centro de Retiros en Powell Butte. A estos dos lugares se puede llegar en unas tres horas manejando de cualquier parroquia de la Diócesis. Los que sacrifiquen su tiempo para hacer el viaje descubrirán que la Puerta Santa es Puerta de Misericordia. La peregrinación que lleve al

umbral será “un impulso a la conversión.” Pues la Puerta Santa abre al confesionario, al perdón de los pecados, a la reconciliación con Dios y con el prójimo, a la serenidad de un corazón misericordioso.

La Misericordia que encontramos al caminar en las peregrinaciones por el Año Santo debemos darla gratis como se nos dio. Para saber cómo hacerlo el Papa Francisco anima una reflexión intensa atreves de toda la Iglesia en las Obras de Misericordia Espirituales y Corporales, teniendo en mente la pregunta que el Señor hará el día del Juicio Final—“Señor, cuando te vimos hambriento, sediento o desnudo?”— y las palabras que oiremos en respuesta: “Cada vez que lo hiciste con el más pequeño de mis hermanos lo hiciste conmigo.”

Todos nosotros en la Diócesis de Baker podemos activamente anticipar este dialogo, haciendo paciente mente esta simple pregunta una y otra vez: “Señor, quienes *son* los pobres—los pobres que tu deseas que atendamos aquí y ahora?” Siga esta simple pregunta con una simple oración: “Señor, *muéstranos* los pobres. Abre nuestras mentes y corazones y manos para que los acompañemos en el camino de tu misericordia”.

Después de Pascua nos reuniremos para compartir las respuestas a esta oración que talvez el Señor inspire en nosotros. Luego podemos tomar pasos para implementar sus designios para nosotros por toda la Diócesis. Quien sabe cuáles serán? “En este Año Jubilar,” aconseja el Papa Francisco, “dejemos que Dios nos sorprenda. Él nunca se cansa de abrir las puertas de su corazón”